



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO
Escritor.

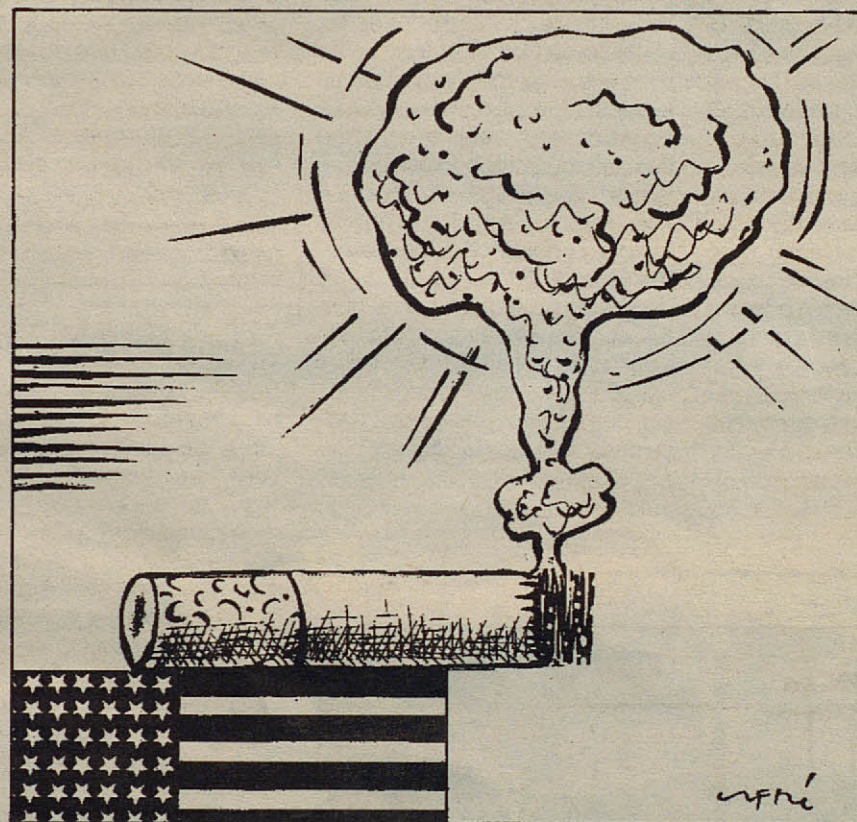
Despolucione y pague

Siempre desconfíe de la llamada vida sana, y más si se intenta implantar en conurbaciones como Barcelona: más de la mitad de los esforzados practicantes del *footing* han desaparecido

Hace pocos días tuve la satisfacción de ser vecino en este diario de un festivo y a la vez muy serio billete de Luis Racionero. Contaba que en Inglaterra se encontró con una carretera cortada al tráfico para proteger a los sapos que corren a aparecerse en esta época del año, y que, ciegos de amor anfibio, cruzan vías y caminos movidos por sus apetitos desordenados, sin la menor precaución. Y escribía también que un grupo de damas incalificables tricotaron chalecos para proteger a los pingüinos de la marea negra, lo que les produjo a los animalitos caídas y falta de movilidad: pero las señoras habían cumplido.

Acabo de regresar de una estancia en Nueva York, y lo que allí he visto me preocupa grandemente, pues antes de un año la locura ecológica norteamericana estará aquí, ya que produce enormes beneficios a carniceros, frutereros, restaurantes y comercios de todo tipo. Al lado del hotel descubrí una tienda fina, *uni* o *polisex*, que anunciaba ropa interior no contaminante para señora y caballero. En mi deambular tropecé con cientos de restaurantes que proclamaban toda clase de comidas ecológicas, desde el salmón ahumado a la lechuga, pasando por el agua mineral y la cerveza, y a precios, por su puesto, más altos de lo normal. Vi, también, juguetes ecológicos, paraguas no polucionantes, bufandas limpias, frascos de pastillas para evitar las consecuencias del aire impuro ¿pero hay aire puro en las farmacias? No parecía.

Llego a Barcelona y leo que se ha constituido una asociación que ofrece productos agrícolas biológicos, que, dicen, son una solución viable y rentable, dada la necesidad de afrontar un futuro en el que la convivencia con el entorno sea un objetivo prioritario. De acuerdo, sobre todo en lo de la rentabilidad de la citada asociación. Si esto prolifera, pronto estaremos usando calzoncillos o braguitas *bio*, y a ver lo



que pasa: no me extrañaría que surgieran nuevas cepas de micosis urticante, que, dicen, desarrollan un molesto sarpullido al multiplicarse en ambientes asépticos, y sin anticuerpos ancestrales: nuestras *delikatessen*, pobres, sufrirán.

Siempre desconfíe de la llamada vida sana, y más si se intenta implantar en conurbaciones como Barcelona: más de la mitad de los esforzados practicantes del *footing* han desaparecido, por prudencia o por otras calamidades. El aire viciado y turbio es nuestro medio ambiente, y nacemos y vivimos vacunados contra el denso humo que nos envuelve. Además, las estadísticas demuestran que la expectativa de vida en una gran ciudad es superior a la de las personas que habitan

en el campo. Por algo será.

Las ratas de cloaca, por ejemplo, se han desarrollado y han alcanzado un gran éxito de sobrevivencia como especie, y es de suponer que no será porque sean envidiables la fetidez, las aguas y la comida que ingieren. Se han adaptado a su hábitat, y están viviendo, posiblemente, su Siglo de Oro ratonil.

No quiero pasar por alto la inmisericorde caza que los esforzados fumadores sufren en EEUU. La maldita Ley 40 les empuja a la vergonzante soledad de los retretes. No se puede fumar en ningún restaurante, en ningún *hall* de hotel, en ninguna tienda, en ninguna parte. Solito, en mi privada habitación, encendí un cigarrillo y se disparó una tremenda alarma. Pasado el susto,

me subí a la silla y desconecté el cacharro. Hasta aquí podíamos llegar.

Escribo esto como quien canta su propio funeral antes de sucumbir. Soy un hombre sin voluntad, y me avengo a todo tipo de cambios en hábitos y costumbres. Me dejaré sumergir en ese nuevo mundo despolucionado y aséptico que está al llegar, sobre todo si mi familia y mis amigos me llaman anticuado o dicen que no estoy hecho para la vida moderna.

Les cuento alguna de mis renunciaciones. Yo comencé a afeitarme a los 17 años, y usaba una hermosísima navaja barbera que había sido de mi abuelo: me daba unas pasadas de brocha para enjabonar y adobar la finísima piel de mi rostro, y luego la navaja cumplía su cometido a la perfección. Aguanté así hasta los 27 años, cuando llegaron las máquinas de afeitar eléctricas. Mis amigos dijeron que yo parecía un tipo del siglo pasado, un reaccionario. **"Fíjate, hombre, si incluso Manolo Sacristán, responsable cultural del PSUC, tiene una afeitadora eléctrica"**. La frase me hiirió: lo que haga un comunista, eso también lo hago yo, pensé neciamente en mi corazón. Al día siguiente ya tenía yo en casa el infernal y pesadísimo trasto depilatorio, que me dejó la cara como un cristo.

Sucumbí también a la moda de las chaquetas *tira-pedos*, esas que tienen dos cortes en su parte trasera, formando una especie de faldilla que se mueve cuando uno anda, con lo que creí que tal ondear de popa era poco viril. Pero el sastre fue implacable. Y algo parecido me ocurrió con aquellos zapatos de punta agudísima, que me destruían los pies.

En fin, a prepararse. Se acercan tiempos duros y caros. El país que ha polucionado más de medio planeta, desde Hiroshima hasta la Tormenta del Desierto, nos impone ahora despolucionar. Pagando nosotros, como es natural.